

NOSOTROS, LOS RIVERO, EL CONTOVERTIDO NADAL DE DOLORES MEDIO.

Dolores THION SORIANO-MOLLÁ
Université de Rennes 2
Université de Pau et des Pays de l'Adour
ORCID: 0000-0002-4706-3960

Resumen:

Nosotros, los Rivero, significó para Dolores Medio la consagración de la fama con su primera novela. Se trata de una novela biográfico-familiar en la que la autora utiliza materiales propios para relatar el proceso de destrucción de una familia burguesa y de la sociedad ovetense en la década que antecedió a la Revolución de Octubre. En aquella clariniana Vetusta anclada en el pasado, el proceso de educación de Lena Rivero queda constreñido por el fatal peso del determinismo y de la doxa social. Sin embargo, la imperiosa sed de libertad, propia de los Rivero, y los efectos del *habitus* adquirido durante su proceso de socialización favorecerán la afirmación de Lena como una mujer libre y una escritora moderna.

Palabras clave:

Dolores Medio. *Nosotros, los Rivero*. Premio Nadal. Novela biográfico-familiar. Realismo social. Cronotopos. Oviedo. Determinismo. Habitus. Educación. Mujer. Revolución de Octubre de 1934.

Abstract:

Nosotros, los Rivero was Dolores Medio's first novel to achieve fame. It is a biographical-familial novel in which the author uses her own materials to relate the process of destruction of a bourgeois family

and of Oviedo society in the decade preceding the October Revolution. In that Clarinian *Vetusta* anchored in the past, the process of Lena Rivero's education is constrained by the fatal weight of determinism and social *doxa*. However, the Rivero family's imperious thirst for freedom and the effects of the *habitus* acquired during her socialisation process will favour Lena's affirmation as a free woman and a modern writer.

Key Words

Dolores Medio. *Nosotros, los Rivero*. Nadal prize. Social realism. Biographical-family novel. Chronotopes. Oviedo. Determinism. *Habitus*. Education. Woman. October Revolution of 1934.

Desde que se empezó hace unos años a recuperar a las escritoras que publicaron sus primeras obras durante el Franquismo, la obra de Dolores Medio (1911-1996) ha despertado la curiosidad de algunos estudiosos y escritores, y no solo por haber sido galardonada con el premio Eugenio Nadal de novela, con *Nosotros, los Rivero*, que aquí nos ocupa, sino también por la polémica que suscitó la atribución del premio a una tercera mujer en la historia del galardón y por las características del mismo relato. Dada su gran riqueza, nos interesa en esta ocasión recordar las circunstancias del premio tan importante para dar a conocer a las escritoras durante el Franquismo y analizar someramente algunos aspectos del anclaje de este relato del Realismo social, de profunda huella decimonónica, en favor de la afirmación de la mujer moderna.

Nosotros, los Rivero fue la primera publicación extensa de la escritora; tan solo «Niña», un cuento infantil navideño, con el que había obtenido el premio Concha Espina en 1945, le había antecedido. En 1952 la presentó al Premio Nadal, que le fue concedido en enero de 1953, concitando más de una tempestad en Barcelona y en sus ovetenses tierras (Martínez Cachero, 1984-1985, 55-67).

Ya en 1952 y para dar noticia de los premios literarios de 1951 circuló en la prensa castellana un artículo firmado por Nicolás

González Ruiz quien anticipaba, con palabras harto elocuentes refiriéndose al premio de novela Eugenio Nadal, que:

En Barcelona se ha discernido premio Nadal, como todos años, y ha recaído nuevamente en una mujer. La competencia femenina en al área de la novela empieza a ser temible para los varones. El concurso para el premio Nadal se acerca ya mucho a una buena oposición, donde se toman garantías contra las influencias. Puede, no salir premiada alguna vez la mejor de las novelas que se presenten, porque el error es humano; pero los jueces se equivocan a conciencia, que es lo más que puede pedirsete a un juez (González Ruiz, 1952).

Nicolás González Ruiz se equivocaba o sus fuentes sentían la amenaza de la victoria puesto que aquel año el galardonado fue Luis Romero con *La noria*. Además, los finalistas fueron todos varones: Tomás Salvador con *Historias de Valcanillo*, José María Jové con *Mientras llueve en la tierra* y José A. Giménez-Arnau con *De pantalón largo* (Gullón, 2007).

Por otra parte, hasta la fecha solo habían sido ganadoras dos mujeres: Carmen Laforet en 1944 con *Nada* y Elena Quiroga en 1950 con *Viento del Norte*. Habría que esperar un año más para que aquellos temores de algunos críticos se hiciesen realidad.

Dolores Medio, de neófita a galardonada escritora

Dolores Medio (Oviedo, 1911- Madrid, 1966) encarna a la mujer transgresora en un medio hostil, lo que suele ser una característica bastante común de numerosas escritoras durante el Franquismo, quienes optaron por el Realismo social para dar cuenta de la realidad en que vivían. Suelen ser sus novelas biográficas, individuales o familiares, en las que el entorno vivido suele ser hostil, como lo fue en numerosas de sus vidas reales. Estos rasgos caracterizan la trayectoria vital de la joven Dolores Medio en el provinciano Oviedo, estancado en los memorables tiempos de aquella Vetusta clariniana en la que las vidas de sus ciudadanos seguían sobreviviendo aprisionadas por las normas y las apariencias. En el caso de nuestra escritora, estos rasgos se agudizan por haber

nacido en una familia acomodada en proceso de declive, durante su infancia, hasta su total ruina. Precisamente *Nosotros, los Rivero* se basa en esa difícil trayectoria hacia la decadencia como material literario con el que la escritora estructura y da sentido a su autoficción novelada.

Se suele resaltar en las notas biográficas dedicadas a Dolores Medio su temprana dedicación al trabajo (Ruiz, 1991). La situación familiar hizo que desde los catorce años encontrase modestas tareas y oficios para contribuir a los gastos familiares y sobrevivir. Se formó, no obstante, ya cerca de los cuarenta años de edad en la Escuela Superior de Educación y en la Escuela de Periodismo. Trabajó como maestra en algunos pueblos de Asturias. Su vocación literaria y la represión que se ejerció sobre los maestros republicanos la llevaron a pedir la excedencia con el fin de marcharse a Madrid en busca de nuevas oportunidades profesionales.

En la capital, dio sus primeros pasos dedicándose a la prensa, en concreto, en el semanario *Domingo*, donde firmaba con el seudónimo de Amaranta la página dedicada a las mujeres, si bien proyectaba crear su propia tribuna, *Eva y tú*. En el semanario *Domingo* publicó asimismo algún relato breve, antes de lanzarse a la composición de su novela *Nosotros, los Rivero*. Enseguida fue diversificando los géneros, todos en prosa, en la que pervivirá una notable atracción por la biografía y los diarios que en su trayectoria final se orientaría hacia relatos de corte más fantástico. Entre sus títulos destacan *El pez sigue flotando* (1959), *Diario de una maestra* (1961), *Bibiana* (1963) y *El fabuloso imperio de Juan sin Tierra* (1977) de los que la crítica ha subrayado su compromiso con la historia anónimas de la gente y de sus vidas comunes para hacerse portavoz y testigo de las crudas condiciones de vida durante el Franquismo.

Los primeros anhelos de Dolores Medio de llegar a ser escritora quedaron satisfechos con mayor celeridad de lo que ella hubiese imaginado, gracias, evidentemente, al galardón del premio Eugenio Nadal, que le permitió pasar del anonimato a la celebridad con gran celeridad. Era consciente de presentar una primera novela y de ser totalmente desconocida. Su reacción fue de perplejidad cuando el 7 de enero de 1953, recibió personalmente la noticia de tan célebre distinción, según relata Luis de Armiñán, redactor a la

sazón de *ABC*, cuando fue personalmente a su casa a anunciárselo, la madrugada del día del fallo del premio:

Subimos a su piso a las dos de la madrugada, y de dentro sale una voz somnolienta y como aterrorizada. El sereno que nos acompaña tranquiliza a la mujer, que abre la puerta. Estamos ante una figurita esbelta, menuda, que se envuelve en una bata roja y nos mira con ojos de desconfianza, casi de miedo.

-Vengo porque es usted el premio Nadal. Es decir, usted o su amiga...

- Yo..., yo... Pero no me miente usted, ¿verdad?

- ¿A estas horas?

-Pero ¿cómo lo ha sabido?

-He hablado con Barcelona.

-¡Qué maravilla!

(Armiñán, 7-1-53: 14)

Los miembros del jurado fueron: Ignacio Agustí, Joan Teixidor, Josep Vergés, Juan Ramón Masoliver, Néstor Luján, Sebastián Juan Arbó y Rafael Vázquez Zamora. Había competido en tercera votación con *Los bravos* de Jesús Fernández Santos, *La ciudad sin horizonte* de Severiano Fernández Nicolás, *La puerta de paja* de Vicente Risco y *Promoción* de Enrique Nácher, y en la quinta, con la primera.

Había competido con un centenar de novelas y la atribución del premio generó importantes controversias. Ciertos sectores de la crítica se mostraron descontentos por catalogarlo de premio concedido a los desconocidos, y en particular, de premio femenino (Gómez Figueroa, 7-1-1953, 1-2; *Sempronio* y Rafael Vázquez Zamora, 10-1-1953, entre tantos otros). Si bien, algunos críticos se mostraron benevolentes, como observaremos a continuación (Martínez Cachero, 1984-1985, 55-67, Ruiz Arias, 1991).

Para Dolores Medio, que vivía modestamente y esperaba poder colaborar más en la prensa, las cinco mil pesetas de premio representaban una excelente oportunidad para poder continuar su actividad como escritora. Ya fuese por la falta de medios económicos para desplazarse hasta Barcelona, ya fuese por el pudor que acompaña a la neófita escritora que nada espera de sus primeros lances, la noche de la entrega de los premios la sala se quedó a la

expectativa de descubrir quién era aquella mujer cuyo nombre había sido hasta entonces totalmente desconocido en el panorama literario nacional. A decir de Ignacio Agustí, según se hacía eco *ABC*, había contribuido a sacar «de la sombra algunos nombres, y la fuerza de la obra elegida se ha hecho patente en el lector y en las repetidas ediciones» (Luis de Armiñán el 7 de enero de 1953, 14) y (Agustí, 1974, 163).

Otro asturiano, Juan Antonio Cabezas, quien habría firmado la biografía *Clarín, el provinciano universal*¹ en la colección orteguiana de Espasa Calpe en 1936, recibía el encargo telefónico, a la una y media de la madrugada, de ir al domicilio de Dolores Medio en Madrid a entrevistarla. Así reza su crónica publicada en el número de *Destino* dedicado al Premio Nadal, «Una mujer joven y valiente» (1953, 16-17). Cercano a la sensiblería, el perfil que presenta Cabezas fijaría la imagen pública de Dolores Medio en el público español: «En el cuarto piso, una habitación realquilada. Es pequeña, pequeñísima y entre celda monjil y cuarto de estudiante. Aquí está Dolores Medio, una joven delgadita, menuda, de pelo castaño claro, muy corto. Es sencilla y sonrío sin cesar. Es cuanto puede decirse de ella» (Cabezas, 1953, 16). La maestra autodidacta, soltera, que ha peleado desde muy joven para poder ganarse la vida, porque es «mujer al fin» y «siempre tiene un pie en la realidad». En la breve entrevista que sigue al retrato, la escritora manifiesta su asombro, casi su incredulidad, ante la recepción de la noticia, si bien declara «Yo tengo gran confianza en mí misma y en mi trabajo. Eso me ha salvado en los momentos difíciles. Todos eran a desanimarme. Pero yo seguía con mi obra» (Cabezas, 1953, 17). Es habitual que en la construcción que los medios llevaban a cabo de las mujeres escritoras en aquellos años se sucedieran estos vaivenes entre perfiles cercanos al ángel del hogar o, en este caso, a la épica casi hagiográfica, y algunas aseveraciones de las autoras que abrían una interesante brecha en el arquetipo que la sociedad del momento parecía esperar o imponer.

Al final de la conversación, entrevistador y escritora imaginan posibles reacciones de la ciudad de Oviedo ante la

¹ Nuestros agradecimientos a Blanca Ripoll Sintés por habernos facilitado estos datos.

publicación de *Nosotros, los Rivero*: «Y hablamos con Dolores de las cosas de Oviedo. Esta ciudad destinada a cambiar de nombre en la literatura de cada época. Dolores tiene cierta prevención. Teme la reacción de Oviedo frente a su obra. No olvida la violencia que tuvo con Clarín cuando se publicó *La Regenta*» (Cabezas, 1953, 17).

En el artículo habitual en que cada año se repasaban las mejores novelas del «Nadal» -convocatoria que reuniría autores finalistas de la calidad de Severiano Fernández Nicolás, Jesús Fernández Santos, Vicente Risco, Enrique Náchter, Mario Lacruz o Torcuato Luca de Tena-, se incide en el corte tradicional de la novela de Dolores Medio:

La obra de Dolores Medio, de la tierra asturiana, incide, dentro de la sensibilidad de la novela moderna, en la temática y la técnica de las grandes novelas clásicas. El contrapunto, tan asturiano y tan gallego, del problema de la emigración, entre los que se van a ultramar y los que se quedan afincados en la vida provinciana de una pequeña ciudad, queda magistralmente trazado en la obra de Dolores Medio, que es la historia de una familia de Oviedo en la primera mitad de nuestro siglo. El personaje central aporta, con su sensibilidad y su afinada humanidad, una riqueza extraordinaria a este Oviedo de Dolores Medio, tan definitivamente incorporado a la moderna novelística española (Redacción, 1953, 18).

Semanas más tarde, en su artículo dedicado a *Nosotros los Rivero*, Antonio Vilanova, gran conocedor de la narrativa realista y naturalista del siglo XIX, corrobora esta idea -así como también coincide en el obvio autobiografismo de algunos pasajes- en su resumen del alcance de la obra:

Narración minuciosa y objetiva, relatada con una lenta morosidad que imprime un acento actual a la estructura claramente decimonónica del relato, en el que se funde la evocación de la vida provinciana, propia de la novela de costumbres, con el análisis íntimo de la crónica familiar, esta obra nos enfrenta una vez más con los sueños e inquietudes de una alma adolescente desde el paraíso de la niñez hasta la femineidad. (1953, 821, 21)

La evolución de la pequeña Lena y el abandono de su niñez, de su edad dorada, coincide con un proceso de derrumbamiento - material y moral- de su familia, que a la vez el crítico barcelonés compara a la decadencia de la clase burguesa venida a menos en las ciudades provincianas españolas. Vilanova destaca la construcción del personaje protagonista, si bien lamenta la evidente falta de oficio de la escritora en cuanto a la composición de la novela, aunque revele «unas indiscutibles dotes de narrador y una limpia sensibilidad creadora»:

Si la historia espiritual y el retrato psicológico de la heroína constituye por su sencillez y autenticidad el mejor acierto de la autora en la mayor parte de los casos, al igual que el de los restantes personajes femeninos, no cabe decir lo mismo de la estructura y desarrollo de la acción novelesca, muchos de cuyos episodios acusan una evidente inexperiencia e inseguridad derivada no de una falta de maestría narrativa sino posiblemente del exceso de sentimientos y recuerdos que se acumulan en sus páginas. (1953, 821, 21)

De la novela se subrayó su carácter realista y naturalista, y el hecho de incidir la «sensibilidad de la novela moderna, en la temática y la técnica de los grandes clásicos» («El noveno Premio Nadal», *Destino*, 10-1-1953). En el balance que se hizo de las características de las novelas finalistas, se justifica el fallo por los temas de tipo social que tanto interesaban a la sazón, por el hecho de que fuese la vida de una familia en una ciudad provinciana, pero también, por la riqueza del personaje de aquella niña, adolescente y joven protagonista, que tanto le debía autoficticiamente a la escritora. Como rezaba el anónimo periodista que retomaba el informe del jurado arriba citado, si llamó la atención *Nosotros, los Rivero* fue por:

El contrapunto, tan asturiano y tan gallego, del problema de la emigración, entre los que se van a ultramar y los que se quedan afincados en la vida provinciana de una pequeña ciudad, queda magistralmente trazado en la obra de Dolores Medio, que es la historia de una familia en Oviedo

en la primera mitad de nuestro siglo. El personaje central aporta, con su sensibilidad y su afinada humanidad, una riqueza extraordinaria a este Oviedo de Dolores Medio, ten definitivamente e incorporado a moderna novelística española («El noveno Premio Nadal», *Destino*, 10-1-1953).

Otro de los aspectos en los que se hicieron hincapié era en el carácter inédito de la novela y el carácter fuerte de la escritora, que nada tenía que ver con la imagen que de ella se estaba dando en la prensa (Vega Pico, 24-1-1953).

Nosotros, los Rivero nació bajo la impronta de la Censura. Dada la trayectoria biográfica de la escritora, esta fue sumamente escrupulosa y no tuvo reparos en cercenar el texto de grandes tijeletazos. Como estudió Lucía Montejó, a primeros de 1952 la novela fue suspendida por ser tachada de reprobable y por representar un ataque a la moral, al Régimen y las instituciones. La conclusión que ofrecía M. Batanero, el censor, condenaba las simpatías que la escritora ponía de manifiesto por la República del 14 de abril y su rechazo de las tropas que contribuyeron a pacificar Asturias en 1934. Añadía además que su moral era «cruda en descripciones y perniciosa en teoría» (Montejó, 2000, 214), que contenía un diálogo «cínico y desvergonzado» entre el hermano de la protagonista y ella misma mientras la aleccionaba, y en particular, destacaba los «elogios de obras comunistas» o los «irreverentes» y «desagradables capítulos» relativos a unos episodios «de seudomisticismo» por lo que atraviesa la protagonista (Montejó, 2000, 214). Valga recordar que Dolores Medio era conocida por su activismo republicano, y no solo bajo la figura de maestra, sino también por sus servicios a favor de la República.

Dolores Medio no se amedrentó por la naturaleza del informe e intentó convencer a la Censura para que se publicase la novela. Ella pretextó haberse basado en sus estudios de psicopatología siguiendo las enseñanzas de Vallejo Nájera, con el fin de escribir un relato lo más verosímil y científico posible. Alegó además su deseo de recoger la leyenda asturiana según la cual «nadie podía disfrutar de los bienes arrebatados a la Iglesia» y de reproducir con exactitud el ambiente provinciano de primeros de siglo por haberse documentado en la prensa de la época (Montejó, 2000, 215).

La novela empezó así un dilatado calvario y fue de mano en mano entre censores hasta que el catedrático de griego, Valentín García Yebra contraargumentó en febrero de 1953, cuando ya se le había otorgado el premio. García Yebra se opuso rotundamente a los argumentos esgrimidos por el primer censor desde un punto de vista moral y religioso, si bien, reconocía las inclinaciones socialistas de la protagonista y la gran admiración que sentía hacia su hermano, quien falleció en la lucha contra las fuerzas gubernamentales en octubre de 1934. Con habilidad, el filólogo de griego centró el final de su informe sobre la figura de María, la hermana de la protagonista, puro modelo de virtud y religiosidad. Una «muchacha extraordinariamente piadosa, que acaba haciéndose misionera y sufriendo el martirio en Filipinas a manos de los japoneses» (Montejo, 2000, 215) y autorizó su publicación con tres supresiones definitivas en las que se hacía referencia directa a símbolos republicanos y a bibliografía marxista, todo ello conservados en la habitación de Ger, el hermano de la protagonista (Montejo, 2000, 216). Este inicial y documentado estudio de Lucía Montejo fue continuado en 2017 por Ángeles Caso, quién publicó una edición restaurada de la novela.

Pese a las opiniones controvertidas que suscitó *Nosotros, los Rivero* salió finalmente a la luz en febrero de 1953. Quizás estas críticas tan contradictorias despertaron la curiosidad de los lectores, ya que la novela constituyó un importante éxito editorial. Las ediciones se agotaron a un ritmo vertiginoso: tres en tres meses y en Barcelona, según informa Carmen Ruiz, se vendieron 22.000 ejemplares en cuatro días de venta. En su ciudad natal, «el caso concreto de la librería Cervantes, comercializó cerca de 3.000 ejemplares en la primera semana» (Ruiz, 1991, 46). En solo dos años Destino realizó un total de seis impresiones y para entonces, aquella imagen de mujer infantilizada y débil que se difundió de la escritora en un principio, a raíz de las entrevistas citadas, ya no fue más que una pálida sombra de la realidad pública de la escritora.

En Vetusta de mi corazón

Nosotros, los Rivero, es el relato como ya se ha dicho, de la vida familiar de Magdalena, Lena, Ranita o Nita, hija menor de la

familia Rivero, en su paso de la infancia a la juventud dentro de la estética del Realismo social español de los años 50.

Se enmarca en la novela biográfica-familiar e incluye como trabazón argumental el proceso de formación de la joven y sus distintas pruebas desde que tenía unos nueve años, en 1924, hasta principios de 1935 en el seno de una familia condenada a su destrucción y su disolución por los avatares de la vida y de la historia, pero, sobre todo, por el singular carácter de parte de sus miembros. Los Rivero constituyen una familia polarizada entre dos modelos de personalidades y dos universos irreconciliables, representados por los padres de Magdalena: Germán Rivero, alias «El aguilucho», un aventurero y rico indiano que quiso llevar una vida estable al regresar de Cuba, y la Señora Rivero, a quién se conoce por su función de esposa y madre. Es una señora que pertenece a la burguesía de la ciudad, aunque curiosamente, desprovista del capital -dote o herencia- necesario para hacer frente a las vicisitudes familiares – al igual que su hermana, Tía Mag-. La familia se compone de una hija natural de Germán, Heidi, que se trajo de Cuba, fruto de sus amores con una mujer del Este de Europa, y de Germán (Ger), María y Magdalena, los tres hijos del matrimonio entre los que destaca la menor de ellos, trasunto ficticio en muchas facetas de la propia escritora (Izquierdo, 2019, 221-229). *Nosotros, los Rivero* obedece, por lo tanto, al modelo de la novela de educación en un espacio urbano siguiendo los modelos de la novela contemporánea. .

Nosotros, los Rivero es de corte clásico. Se compone de dos partes con once capítulos la primera y dieciocho la segunda. Estructuralmente esta distribución pone de manifiesto la importancia que la novelista concede a la segunda parte. Si en la primera contemplamos la vida familiar bajo la perspectiva de la niña y de un narrador omnisciente complementario, prácticamente entre los nueve y los doce años; en la segunda algunas elipsis nos hacen recorrer con mayor concreción temporal la vida de la joven Lena desde la Dictadura de Primo de Rivera hasta febrero de 1935, siempre desde la visión del personaje y la del narrador prácticamente homodiegético. Así, Dolores Medio crea un *alter ego* apenas cuatro años menor que ella, por lo que conoce perfectamente el íntimo sentir y pensar de aquella atípica y fantasiosa protagonista durante el declive familiar en un entorno político de gran inestabilidad. Los

finés didácticos de todo relato familiar quedan con creces cumplidos.

El cronotopos oscila entre el tiempo vivido por la protagonista y el tiempo histórico real, éste último *in crescendo*. No quiere decir ello que el tiempo quede aniquilado como podría ocurrir en el realismo experimental, pero sí tiende a reducirse a Lena. La tensión exterior *versus* interior es contraria en el tratamiento del espacio, entre el urbano exterior y el de la célula familiar, ya que desde el final de la primera parte la familia se traslada a un barrio aislado para vivir al margen de la sociedad y la novela queda prácticamente encerrada en las paredes del piso familiar.

El tiempo diegético es de poco más de diez años, desde 1924 hasta febrero de 1935, información que la voz narradora va precisando en el desarrollo de la novela, de manera particular y con un ritmo más pausado en los capítulos finales. Estos se ubican entre los días 1 y 12 de octubre durante la revolución de 1934, del capítulo 23 al 28 de la segunda parte. La década de la intriga se amplía y enmarca, merced al *incipit* y el cierre del relato de manera circular, ya que la novela ofrece una proyección retrospectiva desde 1950, cuando Magdalena, adulta, regresa a Oviedo dieciséis años más tarde y anónimamente.

La originalidad del tratamiento del tiempo interno reside en la ruptura de la linealidad temporal. La novela empieza *in media res*, cuando la entonces desconocida Lena Rivero regresa a su Oviedo natal, en una especie de simbólica venganza, pues abandonó la ciudad en la miseria para volver con algunos signos de ostentación que denotan su nueva ascensión social: «Había regresado a Oviedo en coche-cama, se envolvía en un abrigo de visón, traía en el bolso su talonario de cheques» (13)². Curiosamente, la Dictadura franquista le permite recobrar a la protagonista el estatus perdido y volver como vencedora por sus méritos y por su trabajo de escritora, pese a su pasado republicano y la participación de su hermano en la Revolución de octubre de 1934. Tras el *incipit*, el capítulo se proyecta en el relato de los recuerdos retrospectivamente, alterando

² De ahora en adelante citaremos por la página de la novela, según la edición de Destino de 1958.

los *flashback* en función de los personajes que va introduciendo. El relato concluye de manera circular en el presente de la escritora.

En este cronotopos, también el espacio es circular. Si la primera parte se abría con una lapidaria enunciación: «Oviedo es una ciudad dormida» (9), en la segunda, ya en plena Dictadura de Primo de Rivera, «Oviedo crecía en aquella época lentamente» (137) y la transformación urbana se resumía a la de una arteria principal (137) que era el signo de una limitada modernización, a semejanza de la de sus habitantes.

Por ser una novela urbana, Dolores Medio partió de unas características orográficas, climatológicas, arquitectónicas y urbanísticas realistas, a las que infundió una dimensión simbólica. Mediante esta última recreó una verdadera pintura monumental y callejera de la ciudad de Oviedo. De este modo, el espacio observado adquiriría mayor densidad y proyección histórico-social y emocional. El narrador omnisciente, que se erigía en portavoz de un personaje femenino e infantil, se ajustaba con notable agilidad a la mirada, en apariencia superficial, que Lena iba vertiendo sobre la realidad inmediata.

Aquellos escenarios ovetenses eran ya en 1952 conocidos intertextos y símbolos literarios de la vida provinciana, merced a *La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín y *Tigre Juan* de Ramón Pérez de Ayala³. Eran todos fácilmente identificables para el público lector⁴.

Aunque fuese inconscientemente, la escritora se apoyaba a la hora de componer su propia intriga sobre todo en la Vetusta de Clarín. De hecho, la introdujo como intertexto literario, primero como epígrafe en su dedicatoria a «la inmortal Vetusta con mi devoción sincera» (1985, 6), y después, como intertexto recurrente en el relato. La escritora pergeñó siempre en captar el alma singular de una ciudad que simbólicamente vivía bajo una blanda y espesa niebla.

³ Explícitamente escribía Dolores Medio: «Pérez de Ayala y ‘Clarín’ eran en aquella época grandes ‘amigos’ de Lena y le ayudaban a descubrir el viejo Oviedo» (175).

⁴ Aspecto que en cierto modo generó algunas críticas, sobre todo porque en el íncipit, la escritora pone de manifiesto que solo los ovetenses pueden entender aquella alma urbana del Norte. Aunque no lo citó, otro referente intertextual pudo ser *El maestrante* de Armando Palacio Valdés.

Las descripciones de las calles, las plazas, los parques y los monumentos que van desfilando por los diferentes capítulos no obedecen tanto a la creación de una cartografía urbana funcional, salvo la Rúa en la que la protagonista vive durante sus primeros años de infancia o la Universidad y la Catedral, ambos escenarios de las primeras correrías y experiencias de Lena. Los espacios urbanos y sus constituyentes fundamentales crean un relato, con frecuentes atisbos de lirismo, que perfectamente se amoldaban a las expectativas del Nacionalcatolicismo, a los valores del Medievo, de la tradición imperial y del esencialismo español. Eran «pañales de leyendas, gestas heroicas, pequeños chismorreos» (137), se solía reiterar a menudo en la novela, acuñando una legitimidad histórica para la comunidad que en aquellos parajes se asienta :

La leyenda y el milagro, rodando desde las altas cumbres de Covadonga, se enseñorean de la ciudad dormida entre las brumas y asaltan sus palacios y caserones. No hay en Vetusta una calle, un palacio o un rincón que no estén amparados por un escudo, que no tengan una leyenda... (137)

Es el alma de Oviedo, otra reserva espiritual que intentaba resistir al paso del tiempo, merced a sus:

estrechas y silenciosas rúas de la inmortal Vetusta, a la sombra de los venerables muros de su Catedral. Allí está el alma de Oviedo. Un alma hecha de grandezas y de pequeñas miserias, de heroísmo, de timideces, de renunciaciones... Un alma que se alarma y protesta ante cada innovación de las costumbres. Un alma somnolienta que se mira en el espejo del pasado, viviendo un poco a crédito del pensamiento de las generaciones anteriores (10)

Este uso del espacio idealizado, que se totalizaba en su relación al alma del pasado concede especial relieve, como contrapunto, a la singular familia de Germán Rivero, por su carácter inadaptado en aquel entorno. Precisamente, los hermanos inadaptados destacan como portaestandartes de la libertad, de la independencia y del individualismo modernos.

Dolores Medio no proporcionaba una mirada exclusivamente pasadista o melancólica de la urbe, sino que la utilizaba con habilidad en la dialéctica del progreso frente a la tradición y lo imperecedero; o sea, «el duende» (10) que se burla del «progreso, de la urbanización, de los deportes, de cuanto representa el modernismo» (10). Esta idea reaparece a modo de *leitmotiv* en la segunda parte de la novela. En efecto, el tiempo llamó a Oviedo y a los Rivero al cambio; un cambio que aceleró la destrucción familiar cuando los desahuciaron de «La Uva de Oro» precisamente para transformar la ciudad.

Ahora bien, el cambio para los Rivero supondrá pérdidas económicas y el aislamiento físico y social en un reducto pobre con «ínfulas de casa solariega» (139). Este se ubicaba entre murallas de conventos, en una calle «dormida», «muerta», «sin sol, sin movimiento, aletargada sobre un regazo de redondos cantos y losas desgastadas» (140).

Si la primera casa de los Rivero en «La Uva de Oro» era una anarquía federal, metáfora de la familia, la segunda era triste, pobre y de poca luz, metonimia de sus propias vidas, súbitamente al margen de la interesada e hipócrita sociedad, pero también de los acontecimientos históricos. «A la casa de San José siempre llegaban tarde las noticias. Como si se tratase de un islote apartado de la civilización» (213), informa el narrador, antes de ponerlo en boca de la repudiada tía Carina, una Rivero que también llevó vida rebelde:

Debe ser triste vivir en una calle tan estrecha y tan silenciosa, sin otros horizontes que esa tapia, que parece tapia de un cementerio. Y después ¡la muralla de la esquina, con esas rejas en los ventanucos, como una fortaleza medieval! ... Es terrible vivir en una calle tan angosta (225).

La visión del espacio naturalista propia de la novela decimonónica también está presente en *Nosotros, los Rivero*. Dolores Medio incorporó asimismo espacios de pobreza y de prostitución, inframundos marginales de la capital que equilibran y otorgan verosimilitud al relato.

Por otra parte, la huella y la deuda a la clariniana Vetusta son fundamentales. Llamen la atención los episodios vividos por la protagonista en la catedral, la que Dolores Medio convertirá en

escenario de insinuados abusos amorosos y de místicos éxtasis, recordando, salvando las distancias, las relaciones entre Ana Ozores y Fermín de Pas.

Estos tratamientos del espacio contrastan, con los de la segunda parte de la novela, en los que la ciudad revolucionaria recobra su protagonismo, a modo de Sodoma y Gomorra. Es un espacio de destrucción -como ocurre con el Palacio Episcopal, espacio de la infancia- y, a su vez, de final disolución familiar. Solo María y Lena sobreviven. Cada una de ellas cumplirá con el destino al que estuvo fatalmente condenada cada generación de los Rivero, porque en este entorno anclado en el pasado, la Revolución solo dejó «¡Ruinas, ruinas por todas partes!» (324), espejo de las de su vida familiar en proceso de aniquilamiento.

A pesar de que «los Rivero habían pasado por la ciudad sin echar raíces y sin que nadie les recordase» (337), era en Oviedo en donde Lena creció y, en donde sentía cierto arraigo. No por nada Ranita, volvió ya adulta al espacio de sus juegos. Pese a que «halló escrita en latín una leyenda, cantando, a la vieja usanza, al vencedor de la guerra» (17), que a ella nada le decía, acarició las cadenas de la Universidad, por ser consustanciales con su vida y cerró su relato familiar, ya adulta, «columpiándose» en ellas (337). Le ataban sus primeros pasos en la vida, en el momento en que intentaba «extraer» de aquel invencible Oviedo, «aquellos recuerdos que empezaban a borrarse de la memoria» (338), por lo demás, un espacio de experiencias personales al que nunca se dobló su sangre de Rivero.

Del determinismo al *habitus*, del Realismo decimonónico al Realismo social

Influencia del determinismo decimonónico que recoge los principios tanto de Claude Bernard, relativos a la herencia familiar biológica, como los de Hipólito Taine, respecto de la influencia del medio y del contexto natural y sociohistórico del presente de los individuos, Dolores Medio ofrece en su primera novela una visión moderna de ellos. Esta visión recuerda el concepto que desde hace unas décadas se maneja de *habitus* (Bourdieu, 1967). Porque como sostiene el sociólogo, es difícil separar al ser humano total del hecho social total, durante los primeros años de vida, unos años tan

importantes en la vida de una persona. Como se ha podido observar en el apartado anterior, Vetusta constituye el primer espacio de socialización de la niña y de la joven Magdalena. Ella entreteje vínculos multifactoriales con los hechos sociales en los que crece, a pesar de su poca edad y sus pocas experiencias de vida. Dolores Medio lo intuyó puesto que otro *leitmotiv* principal, que recorre con excesiva redundancia toda el desarrollo de la intriga en la dormida Vetusta, responde al de la herencia familiar y a un tipo especial de personalidad. La protagonista, solo merced a la distancia de la madurez y a una vida fuera del espacio natal, logrará ponerlos en tela de juicio. Desde los primeros instantes en que Lena llega a la estación de Oviedo, adulta y ya con éxito en la vida, se pregunta:

qué había de cierto en la odiosa leyenda que su familia arrastraba como una cadena. Leyenda que, en el transcurso de varias generaciones, no se había desmentido una sola vez.

Lena Rivero defendía, en sus artículos y en sus novelas, la influencia de lo hereditario sobre el ambiente como factor determinante de la personalidad. Creía tener motivos para hacerlo. De la herencia, algo sabían los Rivero por experiencia. Era el ambiente lo que Magdalena buscaba entonces. Quería pulsarlo de nuevo. Quería fundirse en él, en un deseo, un poco inconsciente, de encontrar en el escenario de su rebelde infancia otra justificación para su disparatada juventud (11).

«Pulsar el ambiente» (11), comprender y justificar su manera de ser y de estar en el mundo, la orientación de su vida, sus propias decisiones como fruto de un inextricable fatalismo responden a explorar la herencia del determinismo naturalista:

allí estaban sus tres hijos: el muchacho y las dos niñas. También Rivero. También ansiosos de desgajarse del tronco familiar para vivir su propia vida. ¿Qué suerte les reservaría el destino? ¿Debía admitir aquella fuerza ciega como único determinante de su conducta?... ¿No influirían también en sus acciones el ambiente, la educación, en fin, cuantos factores les rodeaban?... ¿No podría neutralizarse de algún modo aquella oscura fuerza? (86)

No obstante, no renunció Dolores Medio a las reivindicaciones que precisamente introdujo Emilia Pardo Bazán en *La cuestión palpitante*, como el libre albedrío, la naturaleza perfectible del ser humano, la fuerza del conocimiento, sensible y racional, y la de la voluntad. Estas características que la escritora gallega consideraba fundamentales en el ser humano, le permiten al personaje no darse por vencido, sino luchar por la vida pese a las dificultades del medio. De este modo entroncaba la novelista en la actualización de la novela en el siglo XX. Frente a los modelos clásicos del *Bildungsroman* (Beltrán, 2021, 200-2001), con sus individuos entronizados, la joven Lena nunca será una heroína, ni el destino le será favorable hasta que, una vez superadas las pruebas, acepte seguir el dictado de su temperamento, fruto del determinismo de herencia, y asimismo, ser fiel a sí misma, tal y como se forjó su carácter bajo el inevitable peso de las circunstancias y del presente en los que le tocó vivir.

Lena, a imagen de su padre, su hermano Germán y su hermana Heidi, e incluso la beata María, «llevaban en la sangre la herencia de los Rivero, con su caudal de inquietudes, de ansia de vuelo, imposible de frenar» (97), insiste a menudo la escritora. Por lo tanto, los vástagos Rivero, como su mismo padre, viven a contracorriente en aquel espacio físico y social de Vetusta, bajo el peso de las pulsiones de rebeldía, de nomadismo y de libertad, con cierto irracionalismo hipersensible. En el caso de María se traduce en un místico fervor religioso y, en el de la pequeña Lena, en una fantasía desbocada, en «las mariposas negras» que revolotean en el foro interior de la joven niña y la dominaban. Este determinismo fundamental en la forja del carácter de cada uno de ellos resultaba una manera fácil de introducir, recogiendo los términos de Ricardo Gullón en *Galdós un novelista moderno*, «la inclusión de la zona oscura en el universo novelesco» (1960, 167). A Dolores Medio le sirve de campo de exploración el marco del Realismo social. En este sentido, la originalidad de la novela reside en su profundo enraizamiento en el universo familiar de los Rivero, en el que el lector descubre a los personajes, y en particular, a la Lena. Si bien era un mundo en contacto con la sociedad por medio del comercio y de los tertulianos que en casa de los Rivero se reunían, progresivamente se convierte

un mundo cerrado y aislado durante su lento calvario hacia la pobreza. Es cierto que el aprendizaje consciente o inconsciente que el *habitus* conlleva, hace que en Lena se vayan consolidando prácticas y representaciones que van a hacerle rechazar la *doxa* de su entorno:

que pueden ser objetivamente adaptadas a su finalidad sin presuponer la orientación consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares sin ser en modo alguno el producto a la obediencia de reglas, y, siendo todo esto, orquestadas colectivamente sin ser el producto de la acción organizadora de un director (Bourdieu, 1980, 88)

Por consiguiente, el proceso de educación en la novela se desarrolla engarzando, observaciones, presentaciones y anécdotas en torno a los diferentes miembros de la familia. Con ellos se va justificando el peso de la leyenda familiar sobre el carácter Rivero, siempre inadaptados frente a las normas sociales en la cerrada y opresora Vetusta, de la que es intransigente defensora la madre.

De niña a Lena se la presenta por sus correrías por la ciudad, indomable y masculina, cuando avanza en su primera juventud pronto chocará con aquella sociedad:

cargada de prejuicios y de intereses creados que, como la mayor parte de las viejas capitales provincianas, amaba el orden sobre todas las cosas y tenía muy arraigado el concepto del honor al antiguo estilo. Todo lo que representase una innovación o un desquiciamiento de su vida apacible era acogido con recelo, cuando no rechazado sin miramientos de ninguna clase (46).

Las sustanciales diferencias de carácter respecto de su madre, junto con la cercanía y complicidad con el padre, contribuyeron a que Lena forjase desde temprano un fuerte espíritu de oposición y de rebeldía ante la autoridad materna y un fuerte desamor compartido por ambas, que se mantuvo vivo incluso en los momentos de óbito de la señora Rivero.

El rechazo – o la inepticia- de Lena a la educación femenina basada en los bordados y el encaje es patente desde los nueve años, actividades que ella sustituye por cierto autodidactismo: la lectura de

los libros de su hermano, de novelas de dudosa moral que Jáuregui, un viejo seductor, le hace leer a escondidas, la dedicación a la escritura y a la pintura irán poco a poco fraguando el carácter de la joven Lena.

La devastación de la familia se desarrolla bajo el peso de la inestable evolución de la historia en aquella ciudad. Oviedo también aparece en la segunda parte como crisol de fuerzas antagónicas en la vanguardia política y social, de las que ninguno de los tres hermanos Rivero -excepto Heidi- podrá en mayor o menor grado sustraerse: María donando su dote para salvar a un socialista, Ger en su compromiso como intelectual propagandista y revolucionario que tomó las armas, Lena, con sus coqueteos políticos, en un universo obrero en el que tampoco pudo encajar, pero con un saber poco a poco adquirido que irán fraguando a la mujer moderna que lograría llegar a ser.

Para estructurar este proceso iniciático de formación y de socialización, la narradora recurre con eficacia a la superposición de opiniones sobre cada uno de los personajes, siempre acercándolos al modo de mirar de la infantil y luego juvenil de Lena. En muchas escenas, el papel disidente corresponde a Ger, a quien la madre admira, introduciendo constantemente varias alternativas a la manera de entender y juzgar los hechos en el seno de la familia. Además, en aquella época de silencios familiares, la transmisión de la información, hecho fundamental para dar cuenta de la sociedad y de las mentalidades ovetenses, queda bien conseguida a través de efectos corales. Me refiero a los que crean los diálogos entre las distintas voces que se dicen amigas de la familia y participan en la tertulia de la señora Rivero, a veces enjuiciadas y denostadas por el mismo narrador. Dada la maldad, casi caricaturesca, la curiosidad, la maledicencia y el egoísmo de los contertulianos, el carácter de la señora Rivero queda rebajado al de una mera y débil pose social, ya que siempre les da crédito y les consiente sus aceradas críticas sobre los miembros de su propia familia.

La estrategia de la tertulia, que sirve para conectar el universo cerrado de la familia con el mundo social, es una fuente de información primordial en el proceso de formación y de socialización de Lena, aunque sea por rechazo. En especial, porque las opiniones de la tertulia influyen en la vida familiar desde la

muerte del señor Rivero hasta el cierre de su comercio «La Uva de Oro», cuando su ruina hace que súbitamente se volaticen los interesados amigos. A través de ellos, conservadores de un riguroso orden social entre la clase media provinciana, es como Lena va descubriendo la propia historia familiar, en particular los secretos más encubiertos de la familia, tales como la historia de su propia hermana Heidi, o incluso la de su padre y sus antecesores, sobre quienes escucha el siguiente comentario:

Si los Rivero no mueren nunca en la cama, es porque tampoco viven una vida normal, de personas sensatas. Son una raza de aventureros, de gente absurda... Dondequiera que surge una empresa arriesgada, encontramos un Rivero. Misioneros o revolucionarios, idealistas, agitadores de masas, exploradores... Gente ambiciosa, rebelde, que vive al margen de la vida vulgar y recoge, tarde o temprano, la cosecha que siembra (41)

Son voces corales que suelen ofrecer alguna faceta de la poliédrica realidad; faceta que contrasta siempre con la de los hijos o la de la misma realidad. El narrador ejerce en algunos casos funciones informativas para completar, enmendar la información y poner de manifiesto el valor relativo de la opinión pública. Es lo que ocurre, por ejemplo, al relatar la historia de Germán Rivero padre, cuando se desvelan datos sobre su integridad personal y su fidelidad a las causas, a España, «con un sano concepto del patriotismo desconocido, con frecuencia, por quienes los acusaban» (52). Con este tipo de breves comentarios, a modo de prolepsis y otras reiteraciones algo machaconas, Dolores Medio preparaba con coherencia y minucia el desarrollo de la segunda parte de la novela. En él, destaca el compromiso político de Ger en la Revolución de Asturias y la futura presencia, aun efímera, de Lena en el Centro Obrero y el Ateneo (cap. XXII). En estos momentos de formación en el militantismo político, Ger estaba convencido de haber depositado «la semilla de la verdadera personalidad de la muchacha, que no acaba de cuajar en fruto» (267).

En «este compás de espera», o «etapa de superación», Lena afirma su rechazo de la doxa y de la clase media ovetense, sobre todo respecto del valor del trabajo, del matrimonio y de los diferentes

modelos de mujer cercanos al entorno familiar. Ahora bien, su sentido crítico le llevó también a rechazar el dogmatismo obrero. Si para su antiguo entorno y para la familia de su madre, los aposentados Quintero, ella representaba «la revolucionaria, la muchacha de gustos ordinarios y sentimientos plebeyos, que se burlaba de sus costumbres, de sus prejuicios de cuanto representaba la tradición y la elegancia» (267), Lena Rivero tampoco se adaptaba a sus camaradas, quienes la veían como «la señorita, la reaccionaria, que ponía siempre el veto a sus resoluciones, criticaba sus errores y mostraba su desacuerdo con los procedimientos» (267).

El carácter de la protagonista, nueva Regenta moderna, era, como el de la autora, su *alter ego*, el de una mujer fuerte todavía en proceso de formación, pero una mujer osada y con tesón. Ella se consideraba una proletaria pese a trabajar en casa. Con ahínco contribuyó a cubrir, junto con su hermana, los gastos familiares en los momentos de mayores penurias. Desde temprano tuvo que descubrir, por la fuerza de las circunstancias sociofamiliares, el valor del trabajo y de la independencia económica de la mujer, así como su futura vocación de escritora. Lena comprendió que su inquietud pedía «como los pájaros, libertad, espacio, sol...», puesto que aquella Vetusta en ninguna parte encajaba.

En *Nosotros, los Rivero*, pese a quedarse anclada literariamente en el determinismo de sangre, Dolores Medio logra incardinarlo en unas circunstancias sociopolíticas complejas que refuerzan, como diría Taine al individuo en su tiempo presente y sus circunstancias sociales. Estas influyeron, consciente e inconscientemente en la joven Lena, e hicieron que aquella semilla que su hermano depositó floreciera como *habitus* de la mujer escritora que Dolores Medio logró llegar a ser y con rotundo éxito gracias a un controvertido premio Eugenio Nadal.

Bibliografía

- AGUSTÍ, Ignacio. (1974) *Ganas de hablar*. Barcelona. Planeta.
CABEZAS, Juan Antonio. (1953) «Una mujer joven y valiente». *Destino*. 805. 16-17.

ARMIÑÁN, Luis de. (1953) «El Premio Nadal ha sido concedido en Barcelona a la novela 'Nosotros, los Rivero', de Dolores Medio». *ABC*. 7-1. 13-14.

BOURDIEU, Pierre (1967) «Postfacio» a E. Panofsky (ed.), *Architecture gothique et pensée scholastique*. Paris. Editions de Minuit. 133-167.

GÓMEZ FIGUEROA. (1953) «Hasta ayer desconocida, hoy famosa, Dolores Medio, premio Nadal 1952, recibió anoche el primer regalo de Reyes de su vida». *El Alcázar*. 7-1. 1-2.

GONZALEZ RUIZ, Nicolás. (1952) «*El Adelanto: Diario político de Salamanca*. 69. 20829. 1-1.

GONZALEZ RUIZ, Nicolás. (1952) «Un año de premios literarios». *Diario de Burgos: de avisos y noticias*. LXII. 8-1. 6.

GULLÓN, Germán. (2007) «Ganadores y finalistas del Premio Nadal». Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/ganadores-y-finalistas-del-premio-nadal->

GULLÓN, Ricardo. (1960) *Galdós, un novelista moderno*. Madrid. Taurus.

IZQUIERDO LÓPEZ, Natalia. (2019) «Dolores Medio: la mariposa de acero. Imágenes contrapuestas de una novelista de la posguerra». *Arenal*. 26:1. enero-junio. 221-246.

LINUESA TORRIJOS, Estefanía. (2022) «Mujeres subversivas en la literatura de Dolores Medio: Lena Rivero, una "chica rara". *Revista Internacional de Culturas y Literaturas*- 25. 298-316.

MARTÍNEZ CACHERO, José María. (1984-1985) «Dolores Medio: noveno premio Nadal». *Archivum*. 34-35. 55-67.

MEDIO, Dolores (1958) *Nosotros, los Rivero*. Barcelona. Destino.

MEDIO, Dolores (2017) *Nosotros, los Rivero*. Edición e introducción de Ángeles Caso. Oviedo. Libros de la Letra Azul.

MONTEJO, Lucía. (2000) «Dolores Medio en la novela española del medio siglo. El discurso de su narrativa social». *EPOS, Revista de Filología*. 16. 211-225.

REDACCIÓN. (1953) «El noveno premio Nadal». *Destino*. 805.18.

RIPOLL SINTES, Blanca. (2016) «La fiesta de la novela: el Premio Nadal y su función como antecedente del sistema español de certámenes literarios». Marisa Sotelo Vázquez (ed. lit.). *Barcelona, ciudad de novela*. Universidad de Barcelona. 77-94

RUIZ ARIAS, Carmen, (1991) *Dolores Medio*. Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias.

SEMPRONIO. (1953) «El premio entre apremios». *Destino*. 10-1. 18.

VÁZQUEZ ZAMORA, Rafael. (1953) «El veredicto». *Destino*. 10-1. 1.

VEGA PICO. (1953) «A Dolores Medio le llega la fama y la popularidad antes de publicarse su novela». *Destino*. 24-1. 18.

VILANOVA, Antonio (1953) «Nosotros, los Rivero de Dolores Medio»- *Destino*, 821. 21.

VV.AA. (1952) «Béatrix Beck gana el Premio Goncourt». *ABC*. 2/12. 23.